

ANIVERSARIOS OLVIDADOS: TREINTA AÑOS DEL «LEVANTAMIENTO NACIONAL ESLOVACO», DE 1944, Y EL «LEVANTAMIENTO ANTIINVASION». DE 1968

I

El mes de agosto en la historia de Eslovaquia ha adquirido un significado especial durante estos últimos treinta años: 1. El 29 de agosto de 1944 las «fuerzas democráticas» de la entonces oposición a la independencia eslovaca en forma de la existente República Eslovaca, proclamada el 14 de marzo de 1939, organizaron, con ayuda soviética, un levantamiento pro soviético y en pro de la restauración de Checoslovaquia. 2. El 21 de agosto de 1968 las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia invaden el territorio eslovaco directamente desde la URSS, al este, y Hungría, al sur, con el fin de aislar al país de Austria y los países checos de Bohemia-Moravia, donde los estrategas del Kremlin y Berlín-Este veían el mayor peligro de una «contrarrevolución» por la proximidad de la RFA como miembro de la NATO.

II

El «Levantamiento Nacional Eslovaco» del 29 de agosto de 1944 pasó a la historia con ese nombre en virtud de los conceptos comunistas. En un principio, fue una conspiración ilegal, preparada durante las Navidades de 1943 en un encuentro celebrado entre algunos líderes comunistas y demócrata-liberales, cuando a partir de febrero de 1943, la batalla *por* Stalingrado se transformaba ya en la batalla *de* Stalingrado, cuando el dios de la guerra empezó a inclinarse hacia el lado soviético y contra el Tercer Reich. En verano de 1944, los rusos estaban, otra vez, «en Europa».

Desde Stalingrado, las tropas alemanas se batían a la retirada hasta los picos de los Cárpatos, desde Polonia y Eslovaquia hasta Rumania. Los tres países habían sido previstos para una operación militar sin precedentes; en los tres, la presencia de servicios soviéticos de espionaje, especialistas en gue-

rilla y adoctrinamiento político, siempre en colaboración con los elementos comunistas o indefinidos ideológicamente, dio el aviso de «saltar» los Cárpatos eslovacos hasta las llanuras del Danubio, «conquistar» los Cárpatos rumanos sin lucha, y avasallar a Polonia mediante la creación de un «Comité» pro soviético en la ciudad de Lublín, en contra de los protagonistas del levantamiento de Varsovia. Mientras tanto, la invasión aliada de Francia estaba en plena marcha.

Rumania no opuso resistencia alguna: el país es «traspasado», literalmente traspasado, de un bando a otro: Rumania—de la noche a la mañana—hasta entonces aliada de Alemania, se convierte en un enemigo de Alemania y en el aliado principal de la URSS; con este hecho, los soviéticos tenían abiertas las puertas de acceso a los Balcanes: Bulgaria y Yugoslavia, también a Albania. Quedaba Hungría, como país radicalmente antieslavo. Por tanto, para conquistar sin más esfuerzo a Hungría, el levantamiento eslovaco fue programado como operación militar con el objetivo de aislar, esta vez, si no a Hungría, al menos a Budapest, centro de la resistencia alemana a ultranza. Objetivo: Danubio, frontera eslovaco-magiar y con Austria.

Polonia sucumbió ante la presencia de las tropas conquistadoras soviéticas, a pesar del descontento de la población; Rumania se pasó al lado soviético, declarando la guerra a Alemania con todos sus efectivos militares y económicos. Hungría, ocupada por los alemanes, seguía siendo una incógnita. En cambio, Eslovaquia, donde no hubo ni tropas ni ideología alemanas, había sido elegida como campo decisivo de operaciones militares: abrir paso a las tropas soviéticas por los Cárpatos eslovacos, especialmente por el puerto de Dukla, localidad cercana del lado polaco a la frontera eslovaca, zona defendida por el lado septentrional por los alemanes, los picos y la zona adyacente por las tropas eslovacas de la República de Eslovaquia, en cuyo frente seguía siendo el Presidente José Tiso. Las tropas eslovacas eran de dos divisiones, destinadas, por el alto mando soviético a abrir «aquel acceso» de tránsito hasta el Danubio. Mientras tanto, los alemanes cometieron un grave error: debido a los servicios secretos de Berlín, dichas dos divisiones—la tercera se encontraba en Italia a título de fuerzas de «retaguardia» (=división técnica)—, fueron desarmadas «antes de tiempo», según los altos mandos soviéticos, so pretexto de «conspirar...» Mientras tanto, los alemanes no estaban lejos de la realidad. Los servicios secretos soviéticos y alemanes coincidían en que Eslovaquia había sido prevista como punto estratégico de mayor envergadura en tal sentido.

Tanto de parte alemana como soviética. Polonia estaba ya en la órbita soviética y Rumania también. Quedaba Eslovaquia, que incluso por boca de los comunistas eslovacos no «tenía mucho interés» en la restauración de Checoslovaquia. Cambio de Gobierno, sí, pero no de Estado...

En julio de 1944, el «Quinto Congreso» del CC del PC de Eslovaquia, en representación del checo, K. Smidtke, y de los eslovacos, Gustáv Husák, el actual jefe del PC de Checoslovaquia, después de su compatriota Alejandro Dubcek y del escritor L. Novomeský, presentaron al PCUS un memorándum en que se enjuicia la situación de Eslovaquia desde todos los puntos de vista. Dichos líderes comunistas reconocen objetivamente los resultados positivos de la existencia de la República Eslovaca, desde el punto de vista no solamente económico y político, sino también en el terreno de la conciencia nacional de los eslovacos. Es interesante: los comunistas señalados arguyen que Eslovaquia no necesita de tutores ni en el campo económico ni en otro... Este informe fue interceptado por el apoderado moscovita de Benes, que desde Londres envía el 26 de agosto a Moscú un telegrama en el que se precisan algunos puntos de contracción para paralizar los probables pasos emprendidos no solamente por los comunistas eslovacos, sino también por el Gobierno de Bratislava. Ya se vislumbraba el «nacionalismo» de los comunistas eslovacos; entonces Benes, presidente autonombrado del Gobierno checoslovaco en exilio, precisa, en su telegrama, los planes que actualmente están preparando Catlos (ministro de Defensa de Eslovaquia) y algunos altos oficiales del ejército eslovaco; estriban en que en un momento dado pedirán a Moscú un tratado de paz separado, es decir, se pasarán al campo soviético con el fin de constituir un nuevo Gobierno en Bratislava (no en Praga, es decir, no se trataba de la restauración de Checoslovaquia). En efecto, Benes no se interesaba por una Eslovaquia separada de los países checos de Bohemia-Moravia, sino por una simple restauración de su régimen «checoslovaco» de antes de octubre de 1938. A continuación: llámele al Gobierno soviético, dice Benes en el mismo telegrama a su apoderado en Moscú; que tenga en cuenta esta probabilidad, porque se trata de salvaguardar a Checoslovaquia, no a Eslovaquia.

Los comunistas Gottwald y sus compañeros estuvieron más cerca del PCUS y del Gobierno soviético. Interceptaron e interpretaron a su manera las órdenes del Benes londinense y su «Gobierno», y aunque ni hicieran caso omiso al telegrama de Benes por completo, sí intentarían «reconciliar» las posturas representadas por los comunistas eslovacos de Husák y Novomeský con las

de Benes. Los primeros defendían la independencia eslovaca dentro del comunismo mundial, el segundo abogaba, seguía abogando en favor de la restauración de Checoslovaquia. Como intermedio se manifestó el antiguo comunista checo, Klement Gottwald, pero que la mayor parte de su vida agitadora de comunista transcurrió en Eslovaquia, tomó una postura «diplomática»: restauración de Checoslovaquia, propugnada por el masón Benes, pero también la de los comunistas eslovacos independistas, Husák y Novomeský, lo cual resultó ser fácil: restauración de Checoslovaquia, sí, pero dentro de la nueva Checoslovaquia, un amplio margen de autonomía para los eslovacos y para Eslovaquia.

Este fue el compromiso, siempre a expensas de los comunistas o no comunistas de Eslovaquia. Al fin y al cabo venció Benes, al menos formalmente, porque luego Checoslovaquia caería de todos modos en la órbita soviética, conforme a los acuerdos entre Stalin-Roosevelt-Truman, concretamente desde Teherán-Yalta hasta Potsdam.

Benes, representante de la logia de Praga, fue entonces víctima de su propio juego; conseguiría la restauración de Checoslovaquia (excepto la Rutenia subcarpática); sin embargo, este precio lo pagó con la incorporación de dos naciones—checa y eslovaca—al campo ruso-soviético. Definitivamente, en 1948. Murió un año después de haber ordenado ahorcar a su «contrapresidente», Tiso, que, al menos, era presidente de Eslovaquia y no de «Checoslovaquia».

Mediante sus servicios especiales, Benes llegó a provocar el Levantamiento Nacional Eslovaco, de 29 de agosto de 1944, por razones psicológicas: será mejor una Checoslovaquia «liberal y democrática» que la propugnada por el Kremlin, la «popular-comunista». Muchos eslovacos preferían la democracia liberal al comunismo. En este caso falló la población eslovaca, tradicionalmente anticomunista, desde 1848, desde el año del «Manifiesto comunista». Por tanto, no se puede culpar solamente a Benes, representante supremo del nacionalismo checo, sino también a los eslovacos, por haber creído en una democracia que era antidemocrática.

A Benes le urgía provocar un levantamiento eslovaco en pro de los checos y en contra de los propios eslovacos. Hasta ahora es el único caso en la historia de que un pueblo, por razones ideológicas, se levante contra su propio Estado, contra su propia independencia. Claro está, la situación centro-europea es muy difícil de comprender, lo reconocemos. No hablando ya de los pueblos balcánicos, involucrados, contra su propia razón de ser, en

unos acontecimientos que no tienen nada que ver con las realidades jurídico-internacionales, sino se deben tan sólo a unos extraños razonamientos «históricos». Estos hechos no pueden ser explicados, ni mucho menos, por el «internacionalismo proletario», según afirman los ideólogos soviéticos.

Ahí está el fondo de interpretación del Levantamiento Nacional Eslovaco, de 1944. Los historiadores marxista-leninistas arguyen que este levantamiento obedeció a la llamada del internacionalismo proletario de los eslovacos contra el imperialismo y fascismo germanos, en primer lugar, y contra el régimen fascista de Bratislava. Hasta el 30 de agosto de 1944, Eslovaquia no conocía, desde su creación, ninguna ocupación extranjera, aún menos la alemana; tampoco el régimen cristiano-demócrata del Presidente Tiso era, ni mucho menos, fascista, sino más bien aliado del Tercer Reich, sin que éste interfiriera en sus asuntos internos. Excepto algunos oportunistas, la población entera aprobaba esta política de Bratislava. Las cosas fueron cambiando a partir de los resultados de la batalla de Stalingrado, según acabamos de señalar.

Oficialmente este levantamiento se inició el 29 de agosto y fue suprimido el 28 de octubre de 1944. En virtud del Tratado de alianza con el Tercer Reich, el Gobierno de Tiso tuvo que «llamar» a las tropas alemanas que, en efecto, junto a las fuerzas armadas leales a Bratislava, redujeron a los rebeldes comunistas, prosoviéticos, proliberales e indiferentes, y hasta pro checoslovacos hasta los más altos picos de las montañas del país. En cualquier caso, la resistencia de los partisanos duró dos meses, bajo el mando soviético.

Era la razón de por qué Benes afirmaba ante sus colaboradores sitos en Moscú para que el Levantamiento Nacional Eslovaco se produjera en virtud de la «democracia occidental» que de acuerdo con los planes de su compatriota, residente en Moscú, Gottwald. En efecto, Gottwald era el único portavoz de los deseos del Kremlin. De Gottwald saldría a continuación el compromiso, conocido como Tratado de Kosice, de abril de 1945, ya bajo el mando soviético, en la capital de Eslovaquia oriental, según el cual se restaura la Checoslovaquia de antes de 1938, pero a condición de que Eslovaquia gozara de plena autonomía, que era una de las concesiones hechas a los comunistas de Husák y Novomeský. Y a Benes, que no quería saber nada de eso.

Enjuiciamiento imparcial del Levantamiento Nacional Eslovaco:

1. Los internacionalistas marxista-leninistas afirman que ese levantamiento respondió a la llamada del sentimiento internacionalista del proletariado

eslovaco en contra del nazismo germano en general y sus colaboradores de Bratislava en particular. Se omite el hecho de los intentos de entablar un «diálogo» entre Moscú y Bratislava, rechazado precisamente por el Gobierno eslovaco, que ante el avance de las tropas soviéticas se refugió en Austria sin éxito, puesto que los principales miembros fueron entregados, a pesar del derecho de exilio, a las autoridades pro comunistas de Praga, de Benes, por las autoridades aliadas-americanas. Un tal general Ecer, agente especial de Benes, consiguió de los americanos casi la totalidad del Gobierno eslovaco a manos de Praga. Entre otros, también el presidente Tiso sería ahorcado en abril de 1947 por orden directa de Benes.

2. Estratégicamente, el levantamiento no era sino uno de los más importantes puntos de «pasarse militarmente» a través de un territorio relativamente pequeño, de 50.000 kilómetros cuadrados, pero que habría supuesto una de las mayores victorias para los ejércitos soviéticos desde la batalla de Stalingrado. Entran en acción las tropas alemanas, por vez primera de la guerra, en el territorio eslovaco, y en menos de dos meses aplastan a los rebeldes. Era el período de plena guerra. La mentalidad de la población era ambigua, porque la propaganda comunista afirmaba exactamente lo contrario que la alemana. No obstante, todo el mundo se preparaba para la invasión soviética, que en algunos meses costaría más vidas (unos 80.000 en vez de 2.000 en cinco años, caídos en el frente del Este) que en relación con la población que costó a Gran Bretaña o a los Estados Unidos durante toda la segunda guerra mundial. El único triunfador era Benes, al servicio de Moscú. Todavía hoy día existen chistes en Eslovaquia sobre el ridículo «levantamiento nacional checo», de 5 de mayo de 1945, cuando los habitantes de Praga saltaran a las «barricadas», al estilo de la Revolución francesa.

3. Políticamente, dicho «levantamiento nacional eslovaco» era un fracaso también. Eslovaquia era, a pesar de todo, un Estado soberano, reconocido por cerca de entonces existentes treinta Gobiernos independientes, cuyo número total no alcanzaba la cifra de cincuenta. Hoy día son unos 105, figurando como miembros de la ONU. Los adversarios de dicho levantamiento, y no sin razón, arguyen que en la historia no había ni un solo caso de levantarse un pueblo entero (como afirman los comunistas) contra su propia independencia. Esta es la «otra cara» de la moneda. A pesar de que actualmente el monopolio histórico lo ostenten los comunistas, quedan muchas dudas respecto a si este levantamiento era «nacional eslovaco» o simplemente «antieslovaco», procomunista y prochecoslovaco.

En el mundo no comunista hay un millón de eslovacos a título de emigrados de varias generaciones; entre ellos hay destacados historiadores e internacionalistas, que han prestado gran servicio a un enjuiciamiento objetivo de los hechos relacionados con el levantamiento nacional eslovaco de 1944. En la mayoría de los casos (Kirschbaum, Mikus, Paucó, Greiner, Macek, Ciekler, una serie de americanos de origen eslovaco e incluso autores de procedencia ajena a la realidad eslovaca, Oddo, por ejemplo, etc.) la valoración de ese levantamiento no es compartida así como lo quisieran los historiadores del otro lado del telón de acero o del muro de la vergüenza. Y —otra vez con o sin razón— quedan dudas si era o no un «levantamiento nacional eslovaco». De parte anticomunista se lo define unánimemente como traición —y resulta que era una traición—, en vez de un acto patriótico. Al fin y al cabo, la última palabra corresponde a la historia universal, trátese de un pueblo tan pequeño, como es el pueblo eslovaco, que actualmente cuenta dentro de Checoslovaquia, de cinco millones de habitantes, frente a diez millones de checos, polacos, magiars y alemanes o «ucranianos».

4. Conforme a la historiografía y a las tesis sostenidas por diferentes internacionalistas del bloque ruso-soviético, el Levantamiento Nacional Eslovaco era «antialemán y anticlerical», y los eslovacos ya no deberían existir como nación, tampoco como pueblo, repetimos, en virtud del «internacionalismo proletario», que en aquella época «prestó el pueblo eslovaco» a la causa, otra vez, del comunismo internacional. Sin embargo, los hechos son bien distintos, precisamente a partir de 1968, cuando la Checoslovaquia de Benes, Gottwald, Zápotocký y Novotný, o hasta Svoboda, se desintegra como Estado centralizado de checos a expensas de eslovacos, y en virtud de la misma dialéctica se «reestructura» a favor de los eslovacos en forma de una Federación, de la cual nuestros lectores tienen ya abundantes fuentes de orientación, expresadas en las páginas de esta REVISTA.

Para unos, el Levantamiento Nacional Eslovaco, de 1944, es un acto heroico; para otros, una simple traición. Lo cierto es que un acto heroico debería contar con el consentimiento general de la población, lo que al respecto no hay pruebas concluyentes. Depende de quién va a determinar el curso definitivo de la historia: los comunistas soviéticos y sus aliados afirman que la razón está de su parte, razón que es el «socialismo» a escala mundial, es decir, comunismo propugnado por el Kremlin, que es la revolución; los anticomunistas de todos los colores arguyen, no obstante, que es la evolución, incluyendo a los socialistas marxistas de talla tan importante

como son los de la Europa occidental, que sí propugnan, además unísono, la distensión, aunque a veces contra sus propios intereses o, mejor dicho, contra los intereses de sus propios países.

Los resultados definitivos de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa esclarecerán un día también el enigma que hasta ahora gira en torno al Levantamiento Nacional Eslovaco en el sentido si era o no pro e antieuropeo, en definitiva, en pro o en contra de la paz internacional. Por el momento, lo que interesa es la salvaguardia de las fronteras conseguidas por la URSS a raíz de la última conflagración mundial, objetivo aprobado casi unánimemente por las potencias occidentales. Mientras tanto, Eslovaquia sigue en la órbita soviética, a pesar de que en América del Norte hay americanos—más de tres millones—de origen eslovaco.

Sea como fuere, resulta paradójico que un pueblo entero se levantara con armas contra su propio Estado, puesto que en este caso no se trataba de un régimen, que puede cambiar en una u otra forma, pacífica o violentamente, sino de un Estado creado legalmente para destruirlo e incorporarlo a otro—a Checoslovaquia—. Es bien sabido que los eslovacos nunca consideraban a Checoslovaquia como *su Estado*, hecho que repercutiría decisivamente en su federalización de 1968 como primer paso concreto emprendido por los eslovacos hacia una plena independización dentro de la comunidad internacional y, si fuera posible, dentro de la unidad económica y política europea.

III

La invasión de Eslovaquia, y simultáneamente de los países checos de Bohemia-Moravia, durante la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, puso de relieve, una vez más, las posiciones soviéticas frente al exterior, esta vez frente a su propio exterior, hacia los países que eran y siguen siendo una especie de centinelas de la URSS contra el Occidente.

Alejandro Dubcek y Gustáv Husák, de parte eslovaca; L. Svoboda y J. Smrkovský, de parte checa, ganaron un consentimiento general de la población a favor del *socialismo con faz humana* en seis meses, fenómeno que no se dio desde 1944. Ni Dubcek ni sus colaboradores introducían reformas políticas, sociales y económicas con el fin de reimplantar el sistema capitalista. No existe ni un solo documento en que constase lo contrario, propagado por el Kremlin. Los líderes comunistas eslovacos pretendían, pura y

simplemente, mejorar el nivel de vida de la población y recuperar alguna que otra rienda en política exterior, al ejemplo de Rumania y Yugoslavia. Esa *faz humana* irritó a los soviéticos hasta la decisión de invadir al país amigo, aunque a título forzoso. No habría ocurrido nada, ni Eslovaquia ni Checoslovaquia se habrían separado del bloque soviético. Ciertamente; los soviéticos temían la intoxicación dubcekiana de la faz humana de los pueblos de la propia Unión Soviética, a los que, según parece, y dadas las experiencias del pasado, retransmitidas por los zares y sus sucesores comunistas, es peligroso enseñar una cara humana para gobernar.

En la invasión participaron los enemigos tradicionales del país: los magiares invaden a Eslovaquia por el Danubio; los alemanes orientales y los polacos, desde el Oeste y Norte, a Bohemia y Moravia; Eslovaquia quedó aislada de Austria, y Bohemia-Moravia, de la República Federal de Alemania y Austria. Estratégicamente, la operación se desarrolló según un plan muy parecido al de 1944. Las tropas soviéticas estaban apoyando a sus aliados en todos los frentes contra un supuesto enemigo que, en realidad, era la población entera. Las fuerzas armadas checas y eslovacas no opusieron resistencia alguna; primero, por tratarse de una sorpresa; segundo, por no «derramar» sangre ante unos invasores superiores en hombres y material de guerra. Aislando a Eslovaquia, las tropas soviéticas avanzaron rápidamente hacia el interior de Moravia y Bohemia, donde el Kremlin creía encontrar la posibilidad de una «intervención» aliada de las fuerzas del Pacto del Atlántico Norte. Sólo que ni los propios soviéticos estaban convencidos de tal posibilidad, sabiendo de antemano que, en condiciones normales, el Pacto del Atlántico no interviene en los asuntos internos de otros Estados, sean aliados o del bando contrario. Los rusos, sí, han intervenido en los asuntos internos de un país que nunca pensó separarse del Pacto de Varsovia, al que pertenecía desde el primer momento, aunque contra su voluntad, en virtud de los acuerdos de Teherán, Yalta y Potsdam, que lo englobó en la esfera soviética.

Era un error de la estrategia global soviética que entonces provocaría repulsa no solamente en Occidente, sino hasta una reacción violenta de parte de Eslovaquia, extendida rápidamente a Bohemia y Moravia. No se trataba de un levantamiento antisoviético, ya que era imposible contar con alguna ayuda de las potencias occidentales, aunque sí de una resistencia pasiva de la población entera contra un «amigo» que no ha sido invitado a desayunar en su casa.

Sorprendió a los invasores, no solamente la actitud extremadamente hostil de la población, sino también, y quizá aún más, la extraordinaria capacidad dialéctica en conversaciones y maniobradora en acciones de la generación entre trece y veinticinco años. La población mayor recordaba aún vivamente la presencia soviética en 1944 y 1945. Su postura era explicable; mientras tanto, los jóvenes, en la mayoría de los casos estudiantes de segunda enseñanza y universitarios, dominando el idioma ruso en muchos casos mejor que los propios rusos, entablaban conversaciones con los oficiales y suboficiales cargadas de argumentos servidos generosamente por los ideólogos marxista-comunistas en las escuelas y universidades para ridiculizar la invasión, para desprestigiar el comunismo soviético e invitar a los invasores para dirigir sus tanques y todo el material bélico en dirección señalada en ruso —hacia la URSS—, en los cruces de calles, carreteras, etc. Los nombres de las calles y plazas desaparecieron en pocas horas con el fin de paralizar o desorientar los movimientos de las tropas; hubo casos en que, realmente, algún destacamento militar, mandado hacia una determinada dirección, se encaminó hacia el Este... Las emisoras clandestinas desempeñaron la misma función con gran eficacia, debido a su movilidad y cambio de ondas. Excepto los altos mandos y sus inmediatos subalternos, las tropas soviéticas procedían de diferentes zonas de la URSS, cuya mayoría no sabían en qué país se encontraban; el ruso era para sus hombres tan extraño y desconocido como el idioma del país invadido; era una de las tácticas del mando soviético escoger tropas mongólicas para evitar contacto con la población mediante un medio de entendimiento tan humano como es el idioma.

Los cuadros de Partido y de Gobierno checos y eslovacos fueron descompuestos y reorganizados por los soviéticos de acuerdo con los objetivos perseguidos por los invasores: sofocar los centros de una posible contrarrevolución, puesto que en caso de localizarlos a tiempo, el Kremlin adquiriría el derecho de legalizar los hechos consumados en forma de convenios bilaterales con los gobernantes impuestos por el PCUS; así fue, y en dos años siguientes, salvo la creación de la Federación, Eslovaquia volvió prácticamente a su situación anterior, a la de seguir siendo país satélite de Praga y Moscú al mismo tiempo.

STEFAN GLEJDURA

CRONOLOGIA

